

# “Dicen quédate en casa...¿Cuál casa?” Poblaciones indígenas urbanas en tiempos del COVID-19

Alejandro Vázquez Estrada\*

En el primer trimestre de 2020, a partir de los cambios acarreados por la aparición del COVID-19 en nuestro país, se generaron diversas recomendaciones y medidas para desacelerar la velocidad de contagio y posibles incrementos de defunciones asociadas a dicho virus global. Una de esas medidas fue el establecimiento de la distancia social, la cual tenía entre sus principales objetivos desalentar las aglomeraciones y la proliferación de individuos en espacios públicos, tanto abiertos como cerrados, con lo cual los paisajes urbanos comenzaron a tener rostros nunca antes imaginados.

En el caso de la Ciudad de México, fueron emblemáticas las imágenes desoladas del Palacio de Bellas Artes, el Zócalo y el Paseo de la Reforma, las cuales se repitieron en todas las ciudades de nuestro país, mostrándonos una faz distinta de la vida en el espacio público, donde el gentío y movimiento imparable eran los ausentes dentro de esos paisajes.

Otros de los ausentes, además de los viandantes contados por cientos y miles entre las calles y las plazas, fueron aquellos que encuentran la vida en el espacio público abierto, por medio de actividades nómadas y trashumantes. Hombres y mujeres flotantes entre las aceras y el pavimento, donde son testigos del movimiento en las esquinas y peregrinos de los minutos en los semáforos de las insaciables avenidas.

En nuestro país, un gran número de las personas que se ganan la vida en la calle están relacionados con poblaciones indígenas. En algunos casos, con semanas y meses de haber llegado desde sus comunidades y otros con más de cuatro generaciones de residentes urbanícolas de los asfaltos, que han encontrado, en el espacio público, un modo de obtener recursos económicos para sustentar sus necesidades, así como una forma de vida en la ciudad.

\* Área de Antropología, Facultad de Filosofía. Universidad Autónoma de Querétaro (david.alejandro.vazquez@uaq.mx).

Sin embargo, ¿qué ha pasado con ellos en medio de la contingencia, donde el vaivén de los caminantes y los autos en las calles se fueron reubicando hacia el espacio doméstico y el confinamiento? ¿Cómo se vive la contingencia del COVID-19 siendo indígena urbano? ¿Cuáles han sido las transformaciones en su vida cotidiana? Y ¿qué pasa cuando lavarse las manos y quedarse en casa se convierte en una aventura casi imposible de cumplir?

Estas preguntas serán abordadas en el presente texto, tomando en cuenta el caso de los *hñāñho* urbanos, específicamente de aquellos residentes en la Ciudad de México, Querétaro y Guadalajara, a partir de una trilogía de microrrelatos que nos muestran, de manera impresionista, algunos trazos etnográficos para comprender el modo cultural como sobreviven en medio de la pandemia. Los datos aquí mostrados provienen de trabajo de campo previo al COVID-19, así como la aplicación de etnografía virtual y comunicación telefónica con distintos miembros de este grupo étnico, a quienes, por respeto a la privacidad de su identidad, se les ha cambiado su nombre.

### **Los indígenas urbanos vistos desde la antropología. Un recorrido exiguo**

En el año de 1975, Larissa Adler Lomnitz publicó *Cómo sobreviven los marginados*, obra que da cuenta sobre las estrategias, los mecanismos y las formas en las cuales un conjunto de familias lograba sobrevivir al ritmo de una urbe que crecía vertiginosa, transformando todas las orillas y relieves de la gran ciudad. Al inicio de la década de los ochenta, apareció otro trabajo llamado *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las “Marías”*, de Lourdes Arizpe, donde se recuperaba el andar de las mujeres *hñāñho* (otomís) y *jnatjo* (mazahuas) en la ciudad de los millones de habitantes, otrora nombrada Distrito Federal (Arizpe, 1980).

Después de casi 50 años de investigación antropológica sobre poblaciones indígenas en contextos urbanos, tenemos un conjunto variado y profundo sobre estos colectivos que tienen presencia en todas las ciudades medias del país y en la megalópolis de la Ciudad de México:

[...] de ellos podemos destacar Urteaga (1997), Romer (1998), Oehmichen (2000), Hiernaux (2000), Valencia Rojas (2000), Igreja (2000), Rubio, Millán y Gutiérrez (2000). Estas investigaciones mostraron en los inicios del nuevo milenio lo que estaba sucediendo con las poblaciones indígenas urbanas, exponiendo mediante estudios profundos y rigurosos las presencias indígenas como parte de procesos regionales, históricos, territoriales y comunitarios que nos hablaban de movilidad, arraigo y estrategia, al mismo tiempo de mujeres indígenas, criminalización y modos de resignificación cultural (Vázquez, 2019: 84).

En los anteriores estudios no solo se da cuenta de la enorme diversidad étnica y lingüística que representa a los pueblos indígenas presentes en todas las urbes de la República mexicana, también se distinguen sus conformaciones políticas frente al Estado, sus dinámicas económicas en el mercado, sus formas organizativas en el territorio urbano y sus modos de resignificación de la memoria y su identidad.

A partir de ahí, las poblaciones indígenas urbanas expresan, de manera definitoria, las múltiples caras de la etnicidad contemporánea, donde, al tiempo que se ponen en manifiesto vínculos con la memoria del lugar de origen, prácticas rituales de una cosmovisión originaria y sistemas de organización social comunitaria, también nos muestran procesos de adaptación metropolitana, acceso a y manejo de la información digital, gestiones políticas frente al Estado y modos diferenciados de configurar su economía cotidiana a la par del mercado global.

Según las distintas investigaciones realizadas en nuestro país (Urteaga y García, 2015; Vázquez y Prieto, 2013; Pérez, 2018; Martínez, 2007; Durin, 2010, y Leal, 2012), la gran variedad de grupos indígenas en las ciudades utilizan el espacio público para llevar a cabo actividades comerciales, en algunos casos, establecidos a modo de locatarios y, en otros, mediante la venta en la calle de una gran diversidad de productos, que van desde aquellos artesanales vinculados con su particularidad identitaria, hasta aquellos de bajo costo para el consumo cotidiano dentro del espacio público de la vida urbana.

Son estos casos los que presentamos a continuación. Por medio de microrrelatos, posicionamos el devenir de indígenas urbanos con distintas trayectorias en la vida ciudadana, que realizan actividades económicas en el espacio público y cuyo andar cultural y cotidiano ha sido modificado por las distintas acciones y circunstancias acaecidas por la pandemia. Utilizamos esta estrategia narrativa a modo de síntesis de los casos, respetando los criterios editoriales de la presente publicación. Todos los nombres de los interlocutores referidos han sido modificados para la salvaguarda de su identidad y privacidad de la información. Las entrevistas incluidas en esta sección fueron realizadas vía telefónica y de manera presencial con interlocutores que han participado previamente en procesos de investigación etnográfica *in situ*.

### **“Quédate en casa... ¿Cuál casa?” Tres microrrelatos de los indígenas urbanos**

#### **I**

Para las familias *hñãñho* de la colonia Roma, la vida en tiempos de la pandemia ha sido difícil. Desde hace varias décadas, su vida ciudadana no ha sido la mejor. Provenientes de los distintos barrios de la comunidad de Santiago Mexquititlán (localizada en el municipio de Amealco de Bonfil, al sur de la ciudad de Querétaro) y fieles a su identidad cultural migratoria, los otomís llegaron a la colonia Roma hace varias décadas (Igreja, 2000). Han transitado de la ocupación informal, al pago de renta y al ejercicio del derecho a la vivienda, hasta llegar al colapso arquitectónico de su espacio edificado, cuando el sismo que sacudió a la Ciudad de México en el 2017 deterioró, de manera estructural, los muros y los techos del edificio.

Desde aquel momento, la vida de las familias otomís ha sido compleja, debido a que niños, mujeres, hombres y ancianos se han quedado sin casa y sin lugar de resguardo frente a los caprichos del clima y los peligros de la megalópolis. En los últimos años, han tenido que vivir en espacios acon-

dicionados con lonas y plásticos, muros endebles que, entre mecates y amarres, retoñan frente a las miradas flamígeras de los vecinos que atisban de reojo y mal humor la *ngu* (casa), de los *hñãñho*.

Sin agua para lavarse las manos y viviendo día a día con la amenaza de desalojo por parte de la fuerza pública (como sucedió el 19 de septiembre de 2018), los otomís resisten la inclemencia de la lluvia que se cuele por las luidas lonas azules y blancas que otrora funcionaban como propaganda política. Los niños y jóvenes se organizan cotidianamente para conseguir agua y comprar alimentos y realizan actividades económicas para poder subsistir, a veces con la venta de artículos de bajo costo a los transeúntes y, otras, por medio de la venta de artesanías textiles principalmente elaboradas por las mujeres.

Entre los pertrechos acondicionados como muros, un colchón destartado y un sillón color gris, nos cuenta un joven santiaguero:

Yo me río del coronavirus, ese no existe, es una cosa del gobierno para agarrarnos a todos. A mí me dicen “quédate en casa”, ¿en cuál casa? “Lávate las manos”, ¿con qué agua? Que doña *Susana Distancia*, ni la conozco. Buenos deberían de ser para arreglarnos lo que prometieron con nuestra vivienda, también somos víctimas del terremoto, pero como somos indígenas menos caso, que porque dicen que no somos de aquí, pero llevamos más de veinte años. Que estábamos de forma ilegal, pero pagábamos renta. El gobierno lo que trataba era de sacarnos a la calle, dejarnos en la calle como si fuéramos basura. ¿Cómo a mucha gente de la Roma con billete la apoyaron sin que lo necesitara? Aquí se trata al indígena como si fuera de lo peor. Y ahora con el virus ese, nos miran los vecinos con asco, nos gritan que el tapabocas, que los vamos a contagiar, nada nuevo bajo el sol. Este gobierno está provocando todo eso, por eso cuando me dicen del coronavirus, yo les digo, el gobierno es el coronavirus [Roberto Pascual, entrevista, Ciudad de México, mayo de 2020].

## II

En el Centro Histórico de la ciudad de Querétaro, reconocido por la UNESCO, en 1996, como Patrimonio Cultural de la Humanidad, Guadalupe Marcial, nacida en el Barrio Sexto de la comunidad de Santiago Mexquititlán, recuerda con claridad la noticia que escuchó hacia finales del mes de marzo de 2020:

Estaba en la calle vendiendo y, en el radio del señor que limpia zapatos, comenzaron a decir sobre la enfermedad. Una gripa nueva dice, que es muy mortal y que no hay cura. Me dijo el bolero: “Ya llegó a México. Se llama coronavirus, esta si nos va a *chingar*”. Dicen que gobierno va a meterse con todo. Me preocupé cuando escuché lo de los enfermos y la gente muerta. Un día, al llegar a la central de autobuses, me dijeron que habría menos autobuses para la ciudad, por el tema de los contagios, me subí al camión y al llegar al centro había muy poca gente. Un montón de policías y vigilancia. Me dijeron que me regresara a mi casa que estaba prohibido el paso que me fuera a mi rancho o me iban a detener [Guadalupe Marcial, entrevista, Santiago Mexquititlán, mayo de 2020].

Al igual que Guadalupe, un gran número de indígenas *hñãñho* provenientes de la comunidad de Santiago Mexquititlán y de San Ildefonso Tultepec, fueron progresivamente “desalentados” al llegar al Centro Histórico de la ciudad para realizar la venta de muñecas y bordados artesanales a los turistas y visitantes, como lo han hecho a lo largo de generaciones.

A partir de la aplicación de las recomendaciones del distanciamiento social, el acceso, la permanencia y el tránsito en el espacio público del centro de la ciudad de Querétaro ha tenido mayores restricciones. Al pasar los días y las noticias del avance del COVID-19 en la capital del estado, la presencia policial fue cada vez más notoria. Primero, fijaron su atención en aquellos lugares en el espacio público, como plazas, parques y portales, que son utilizados por los *hñãñho* como lugares de venta, convivio y, en algunas ocasiones, para pernoctar.

Nos dicen: “No pueden estar aquí, ahora es muy peligroso para ustedes y para nosotros, váyanse a su rancho, aquí los van a contagiar o ya están contagiados... A ver, ¿por qué no tiene su tapaboca?, si no trae su tapaboca es un delito y las vamos a tener que remitir al Ministerio Público... Si los volvemos a ver por aquí, los vamos a detener porque está prohibido el paso...” [Guadalupe Marcial, entrevista, Santiago Mexquititlán, mayo de 2020].

Sin embargo, la economía familiar de Guadalupe, al igual que la de una gran cantidad de indígenas que tienen un modo de vida basado en el autoempleo, depende, en buena medida, de las ventas que puede realizar tanto ella como sus hermanas y sus tres hijos. El progresivo confinamiento la dejó sin posibilidad de vender durante el periodo vacacional de Semana Santa, tiempo esperado con ansia durante el año, debido al incremento de sus ventas por el arribo de miles de turistas que agolpan las plazas y avenidas del Centro Histórico.

A partir del mes de mayo de 2020, Guadalupe no regresó a la ciudad. Se ha mantenido en casa de sus padres, en el Barrio Cuarto, dándole de comer a los animales, haciendo tortillas con el maíz de la cosecha del año pasado, cuidando a sus hijos y sobrinos. Señala que el regreso a la comunidad ha sido difícil porque tienen lo básico para sobrevivir, pero no tienen dinero para comprar aceite, arroz, jabón o alguna medicina en el caso de que alguien de su familia se llegara a enfermar.

Dicen en las noticias que hay que lavarse las manos. ¿Cómo lavarse las manos si no hay para comprar jabón, a veces ni agua hay? Díganle al señor del gobierno que no tenemos dinero para cuidarnos de virus, ni tampoco para comida... A veces, me acuerdo de lo que decía el bolero, “este si nos va a *chingar*”, y nos está *chingando* y no por tener la enfermedad [Guadalupe Marcial, entrevista, Santiago Mexquititlán, mayo de 2020].

### III

El 2020 fue un año complejo para los *hñāñho* residentes en la ciudad de Guadalajara. A partir del mes de abril, sus ingresos económicos disminuyeron a razón de las políticas sanitarias vinculadas con el COVID-19. Varias de las familias asentadas, desde hace más de tres generaciones, en distintos puntos del centro y la periferia tapatía (municipios de Guadalajara y Tlaquepaque, principalmente), viven de la venta en el espacio público de productos comestibles, como frituras y golosinas, así como de la venta de bordados y distintos objetos artesanales. Ellos están instalados en distintos hogares de la colonia El Campesino y la colonia Indígena, en el Cerro del Cuatro. En sus casas, muchas de ellas autoconstruidas desde los cimientos, se puede apreciar una extensión de la comunidad de origen, especialmente en el uso del patio, donde es frecuente reconocer un conjunto de plantas medicinales para distintos tipos de tratamientos, así como los reservados para la siembra de verduras, como el chile, la calabaza, el jitomate y los garbanzos. También es frecuente encontrar pencas de nopales y espacios para ubicar un fogón a ras de piso, con tres piedras o tres tabiques donde se coloca una olla para cocer frijoles o un comal para preparar tortillas —con un sabor parecido al que comen cada año en la fiesta de su santo patrono, el 25 de julio, en Santiago Mexquititlán.

Al interior de la vivienda, transitan las camas, las sillas, una mesa, una pequeña estufa, ollas, platos, un sillón, un tanque de gas, algunos juguetes, librando las batallas cotidianas. En medio de todo eso, un tesoro: una máquina de coser, que doña Rosa Santiago obtuvo mediante un apoyo de la extinta Comisión para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), hoy Instituto Nacional para los Pueblos Indígenas (INPI), donde la capacitaron, junto con un grupo de mujeres artesanas.

Hace seis años llegó un apoyo para mujeres indígenas. A mí siempre me ha gustado bordar servilletas, hacer muñecas. En aquel entonces, no nos querían dar nada por ser indígenas, que porque no somos de aquí. “Váyanse a sus pueblos, allá hay proyectos para ustedes”, nos decían los del CDI. Un día tomamos las oficinas, con más gente de organizaciones, ya luego nos fuimos y nos avisaron lo de los apoyos para el grupo de bordados y me hice de mi máquina de coser [Rosa Santiago, entrevista, Guadalajara, mayo de 2020].

Para Rosa Santiago, Guadalajara es la ciudad donde ha vivido en los últimos veinte años y, cuando escuchó las noticias de la llegada del virus a la ciudad, pensó que vendría días difíciles:

Yo, en Santiago, tengo mi familia, ya no tengo papás, pero están mis hermanos, algunos tíos ya grandes y mis primos. Mi señor también tiene su familia. Primero, pensamos en qué hacer y *luego luego* nos dimos cuenta que teníamos que quedarnos, que si nos íbamos se podían meter a robar, a quitarnos nuestras cosas. Luego pensamos que allá tendríamos que llegar a casa de alguien; dicen que el muerto y el arrimado a los tres días apestan. Mejor pensamos en quedarnos [Rosa Santiago, entrevista, Guadalajara, mayo de 2020].

Pensó en comprar, con el poco dinero ahorrado, lo necesario para tener una despensa suficiente de frijol, maíz, pastas, papas y cebollas. Junto con su marido, quien se desempeña como albañil, y sus hijos, uno de ellos estudiante de preparatoria, decidieron aguantar la cuarentena en la casa, esperando que los contagios y las muertes no se aparecieran a su paso. Sin embargo, el andar de los días se fue convirtiendo en semanas y el dinero y las provisiones se fueron terminando poco a poco y comenzaron las preocupaciones. Entre los vecinos de la colonia, varios de ellos de origen indígena (otomís, huicholes, mazahuas, purépechas y mixtecos), se comenzaron a organizar para hacer algunas actividades para solicitar al gobierno despensas, pipas de agua y apoyos, los cuales, entre la indiferencia y la burocracia, tardaron en llegar. Pero la organización de vecinos se fue haciendo más notoria cuando se juntaron para preparar alimentos y brindarle apoyo a los ancianos y mujeres con hijos que lo necesitaban.

Doña Rosa señala que la organización vecinal comenzó distintas actividades para solicitar, en primer lugar, apoyo del gobierno y, posteriormente, del resto de la sociedad. Una de estas actividades tuvo lugar por vía digital, utilizando las redes sociales, donde se pedía apoyo a la población en general con víveres e implementos de higiene.

Pues un día vino un vecino a decirnos que estaban pidiendo apoyo a la gente para que les dieran despensas y que les darían un regalo a cambio; algunos habían donado artesanías de pulseras de chaquiras, alcancías, llaveros, muñequitas. Entonces, yo les di algunas servilletas bordadas, bolsitas y también muñecas; ese día nos fue muy bien se juntaron muchas cosas, mucha gente de buen corazón fue al lugar del intercambio y, aquí, a cada familia se nos repartió muy bien... Mire cómo son las cosas que, después de que hicimos eso, el gobierno nos mandó también unas despensas. El gobierno no nos debe dejar solos, aunque sabemos que ese es nuestro derecho, mucha gente del gobierno también dice: "Ustedes no son de aquí, aquí no es su lugar" [Rosa Santiago, entrevista, Guadalajara, mayo de 2020].

### **Brevísimas conclusiones**

"Los aires de la ciudad liberan", decía Georg Simmel (1986) cuando hablaba sobre el desdibujamiento de la vida comunitaria que daba paso a la individualidad de los sujetos. Liberarse del ojo comunitario, de la moral invisible, de la observancia del deber ser identitario, parecía la promesa que la urbe, caracterizada por la masa y el anonimato, podría cumplir. Sin embargo, la vida en las ciudades genera nuevas comunidades morales, con modos peculiares de membresía y pertenencia que sirven mucho para hacerle frente a las múltiples caras de segregación, la desigualdad y la marginación.

Las transformaciones y permanencias culturales devenidas por el COVID-19 en nuestro país han sido múltiples en cada uno de los grupos indígenas distribuidos en el territorio. En algunas comunidades se ha podido cerrar la puerta afianzando la organización comunitaria y cuidando el territorio, mos-

trando claras lecciones sobre la importancia de la salud comunitaria, de la organización, la solidaridad y el trabajo para el bienestar común con justicia, equidad y autonomía.

En las urbes donde los indígenas han encontrado residencia y trashumancia, los retos aumentan debido a la monetización de su vida cotidiana y la discriminación desbocada por parte de la sociedad y las instituciones gubernamentales. A veces, la salud pública se convierte en la gran justificación para la *higienización social y cultural* de las urbes. Ya sea a partir de la celeridad de la fuerza pública o de la parsimonia de burocracia, se van movilizando y desalojando aquellos incómodos frente a los ojos de una sociedad que reniega de su otredad indígena. Sin embargo, frente a todo ello, el retorno a la memoria comunitaria, el establecimiento de las redes de solidaridad y ayuda, así como la vinculación con el parentesco y la vecindad, brinda a las poblaciones indígenas urbanas la posibilidad de sobrevivir la pandemia desde “la ciudad de la furia”.

## Bibliografía

- Adler Lomnitz, Larissa (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Arizpe, Lourdes (1980). *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las “Marías”*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Durin, Séverine (2010). “Políticas neoindigenistas y multiculturalistas en el medio urbano. El Estado y los indígenas en el Área Metropolitana de Monterrey”. En *Etnicidades urbanas en las Américas: procesos de inserción, discriminación y políticas multiculturalistas* (pp. 313-337). México: CIESAS / EGAP-Tecnológico de Monterrey.
- Leal Sorcia, Olivia (2012). “Experimentación y nuevos temas en la etnografía de grupos indígenas en ciudades mexicanas”. *Andamios*, 9(19), pp. 103-126.
- Igreja, Rebeca (2000). *Derecho y diferencia étnica: la impartición de justicia hacia los indígenas migrantes en la ciudad de México*. (Tesis de Maestría en Antropología Social). CIESAS, México.
- Martínez Casas, Regina (2007). *Vivir invisibles: la resignificación cultural entre los otomíes urbanos de Guadalajara*. México: CIESAS.
- Pérez Ruiz, Maya Lorena (2018). “Jóvenes indígenas en las ciudades de México”. En Millán, Saúl (coord), *Las culturas indígenas de México. Atlas Nacional de Etnografía* (pp. 195-208). México: INAH.
- Simmel, Georg (1986). “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 247-262). Barcelona: Península.
- Urteaga, Maritza y García, Luis Fernando (2015). “Juventudes étnicas contemporáneas”. *Cuicuilco*, 22(62), pp. 7-35.
- Vázquez Estrada, Alejandro (2019). “Juventudes urbanígenas y sus formas contemporáneas de hacer comunidad”, *Anuario Antropológico*, 44(2), pp. 83-104. DOI: <https://doi.org/10.4000/aa.3948>
- Vázquez, Alejandro y Prieto, Diego (2013). *Indios en la ciudad: identidad, vida cotidiana e inclusión de la población indígena en la metrópoli queretana*. México: INAH / Universidad Autónoma de Querétaro.